



EX LIBRIS

EX LIBRIS

COLECCIÓN **FICCIONES REALES**

Dirigida por Cristian Alarcón

Ficciones Reales son las que se conciben desde el periodismo y se escriben desde la literatura. En estas historias de largo aliento, el lector puede dejarse llevar por las tramas de lo real con el vértigo, la emoción y la intensidad de la novela o el cuento. Los cronistas de Ficciones Reales son investigadores implacables de la complejidad y de lo que se oculta detrás de las noticias. Con el rigor de la mejor investigación y la potencia de la narrativa se sumergen en lo contemporáneo para relatar lo que no se puede contar con los formatos del periodismo clásico.

Patricia Nieto

Los escogidos

Prólogo de Cristian Alarcón



PRÓLOGO

El mismo río de los muertos
es el que alimenta y da vida

Por Cristian Alarcón

La memoria no yace muerta y NN en el cementerio. La memoria es una mujer que anda en un bus de Medellín a Puerto Berrío, en un sube y baja de montaña y de calor húmedo. La memoria, en *Los escogidos*, de Patricia Nieto, es justamente esta escritora paisa con mirada de nube, de árbol, de monte, cerca y lejos, adentro y afuera, en un doble paso constante que la hace cósmica, incansable. La memoria de mí mismo, de mis antepasados, de nosotros los huérfanos, de nosotros los que hablamos, y de los que callamos también, se levanta y camina en esta crónica: porque la crónica es polifonía y voz de todos, y porque la cronista escucha como nadie, pregunta con la mirada, entiende el silencio y comprende el tumulto. Luego, con la experiencia existencial de transformación de por medio, escribe.

El relato de los vivos que en Puerto Berrío escogen una tumba de un NN para bautizarlo con su propio apellido y convertirlo en una deidad

personal capaz de hacer milagros o vengarse con saña es, en manos de Patricia Nieto, un río caudaloso como el Magdalena. El mismo río que hace treinta años se convirtió en una gran fosa común por donde bajan los cadáveres fruto de la violencia desatada en Colombia. Cuerpos sin nombre que son algunos de los más de 80 000 desaparecidos que se registran en ese país. En ese acontecer, como el agua que avanza sin parar, la cronista deja que veamos la experiencia vital del pez atrapado por los pescadores y dominado con un solo golpe de martillo sobre el piso de un bote, y la sombra helada de un muerto que se enredó en la red para ser encontrado y vuelto a nombrar.

La niña nacida en Sonsón, una de las tres hijas de un matrimonio de maestros, la que siempre supo que sería periodista, lleva años, mucho tiempo haciendo ese viaje, ni tan largo ni tan corto, entre la ciudad y el pueblo que supo ser el gran puerto de barcos de vapor sobre el Magdalena. Y muchos más en el recorrido minucioso y paciente por las venas del conflicto colombiano, por las calles más angostas de los municipios más apartados. Su obra como cronista y su devenir como maestra de cronistas se puede ver en los pliegues de este relato y de estos personajes que solo ella parecería poder encontrar, por más que nos los entregue como si fueran sus primos y los hubiera conocido desde siempre. En este libro Patricia se

lanza más allá de los registros costumbristas de la crónica social y política colombiana: se atreve a un levantarse la falda riguroso y poético. En *Los escogidos* el estilo es la estructura, y la voz el oído. La cronista se deja llevar por las preguntas que la asaltan y propone un diálogo fluido nada menos que con los muertos.

“Yo pienso que no soy ni tan estricta como parezco, ni tan responsable como creen, ni tan sociable como se supone”, dice la autora en una entrevista con un alumno de la Universidad de Antioquia, donde es profesora. En este libro ha debido ser todo eso y mucho más: ha sido estricta con sus notas, con sus cuestionamientos, con su espíritu laico y religioso al mismo tiempo, con su pelea interior por un saber que va más allá de la pura experiencia del dolor. Ha sido responsable hasta las últimas consecuencias con la misión del cronista: construir el relato de los otros sin abandonar jamás el relato de lo propio, no en el sentido del uso del yo, sino en el sentido de poner las tripas en el relato. Y por sobre todas las cosas, ha sido sociable. Se la puede ver, aunque apenas nos muestre su figura delgada y el pelo lacio, el entrecejo cartesiano, la voz de terciopelo con la que dirá “hola, cómo está, ¿puedo conversar un ratito con usted?”. Esa es la Patricia Nieto de este libro, la menos tímida de todas las que hayamos conocido. Aunque no nos cuenta lo que fueron los regresos de esos viajes que hizo para reconstruir la

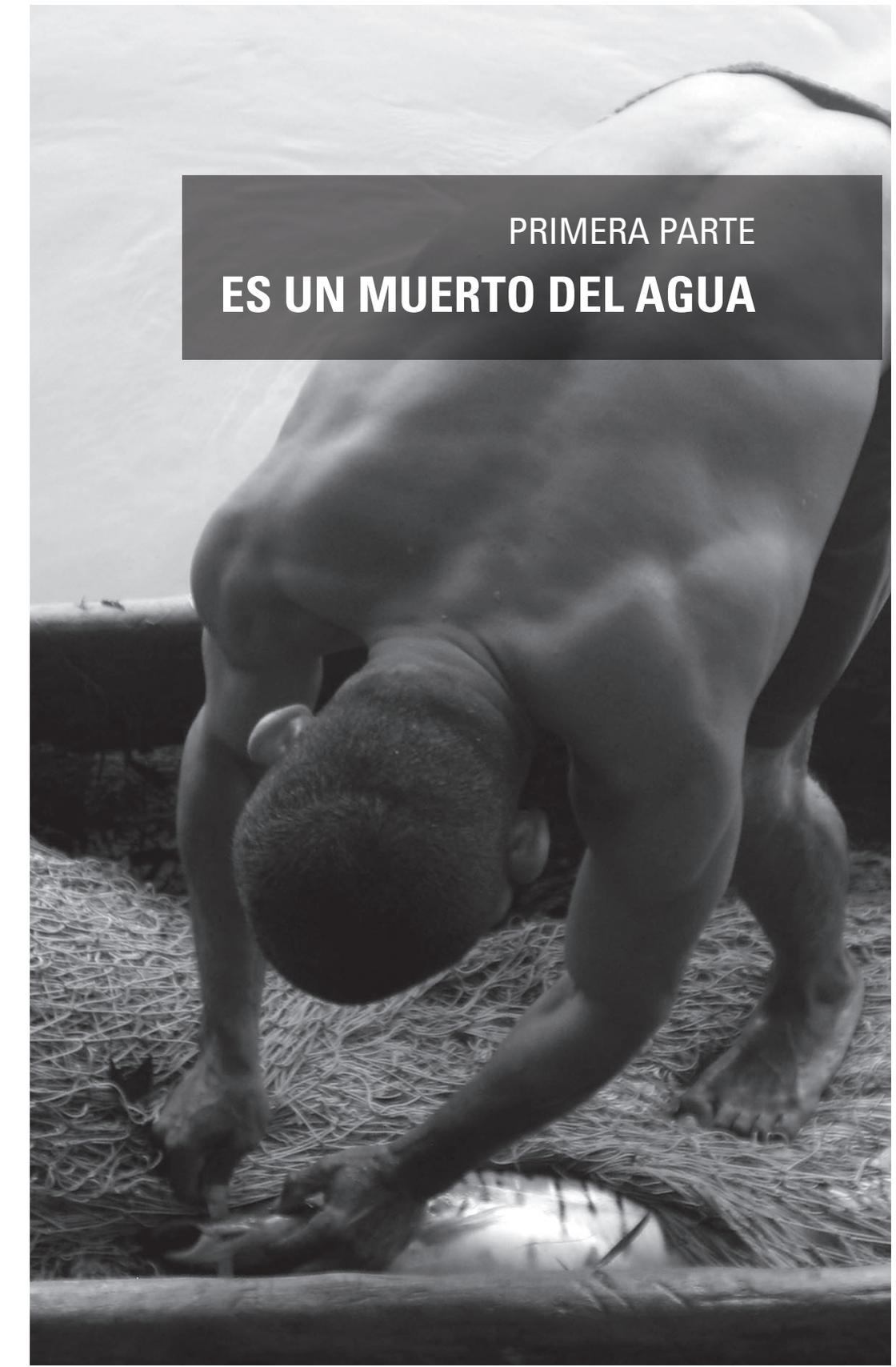
trama vital de un escenario funerario, nosotros la vemos. Puedo imaginarla ida en sus pensamientos mientras el carro o el bus cruza las quebradas de San José del Nus. Y puedo ver sus notas, de letra pequeña y obsesiva, con cientos de anotaciones al margen, cambiando una y otra vez la sucesión de hechos y personajes, construyendo la trama como una telaraña sofisticada. Puedo también presentir la congoja, el sentimiento de estupefacción que llega después de una epifanía. Ese morir un poco que es comprender la herida, la cicatriz y el olvido.

Hay en este libro una lista interminable de diálogos: conversaciones que van más allá de las que sostiene la cronista con los hombres y las mujeres que adoptan ánimas para reconfortar sus vidas sitiadas por la pobreza y por la violencia. *Los escogidos* dialoga con las grandes obras universales del olvido y la memoria: las veremos en las marcas que como piedras que caen en el agua se diluyen en círculos concéntricos fugaces, colocados por la autora aquí y allá. Y dialoga de forma menos evidente con algunas obras de arte y expresiones populares que mitigan con belleza el miedo, la matazón, la prepotencia. La edición colombiana de este libro incluía fotografías de Juan Manuel Echavarría, quien en su obra *Réquiem NN* tomó fotos a esas lápidas escogidas por los necesitados y pintadas, adornadas, con sus flores y sus nombres inventados, y a esas otras todavía NN. En un

juego de ilusiones ópticas, como el de las tarjetas animadas de los ochenta, el que mira ve una u otra tumba según se mueva: la epifanía es la manifestación de una ausencia en la retina, entre la sensación de un lejano recuerdo y la familiaridad de la estampa regalada en ocasiones, tras algún viaje. *Los escogidos* dialoga con las imágenes múltiples de la larga investigación visual sobre la memoria colombiana hecha también de manera incansable por el fotógrafo Jesús Abad, y con la obra de Gabriel Posada y Yorlady Ruíz *Magdalenas por el Cauca*, una performance de duelo en la que los artistas usan las imágenes y los recuerdos para nombrar a los muertos en el cementerio, el lecho y las orillas del río Cauca, al que también van a parar los muertos de la violencia.

Patricia Nieto tiene múltiples vidas: es maestra, es una gran editora, es una académica rigurosa que le toma el tiempo a la memoria desde el análisis en una tesis doctoral que esperamos con paciencia, es periodista, investigadora, musa. Esa condición anfibia la marca, la vuelve original, y en este libro más que nunca. En *Los escogidos* nos hace comprender que el mismo río de los muertos es el que alimenta y da vida, nos hace sentir no solo el dolor de los crímenes sino el de la picadura de una raya y deja que comprendamos al enterrador que sepultó a veinticuatro comandantes paramilitares. Y por eso el libro que podría ser una nueva

lista de desgracias sube por la ladera de un monte difícil: rehúye la conmiseración, se deja llevar por la naturaleza de los deudos, de los huesos, de los pueblos. En esa posición compleja se entrega a la construcción de la memoria. Y lo singular es que de manera sorprendente aquí la memoria, aun en la negación y el ocultamiento del desaparecido que ha sido enterrado sin nombre en un nicho de nadie, también puede ser sueño, expectativa, anhelo, especulación vital. La memoria de los que a pesar de todos esos muertos, a pesar del río Magdalena y su caudal siniestro, buscan con la mirada el horizonte: la memoria como posibilidad, como futuro. *Los escogidos* no es un libro sobre la muerte. Es un libro sobre el futuro.



PRIMERA PARTE
ES UN MUERTO DEL AGUA

1

Margaritas para un desconocido

En el pabellón de caridad las arañas tensan sus hilos de seda y solo gorjea un pajarito. Las lagartijas atrapan crías de mosquito y las hormigas pasan como si fueran segundos. Escucho el canto bajo de mi corazón y siento la tibieza del aire que respiro. En este inframundo la vida hierve en la araña que engulle su propio telar; en el pájaro que celebra el silencio perturbador; en el zancudo que escapa a la lengua de la lagartija; en la hormiga que rompe filas; en la atracción que sobre mí ejerce Milagros: una sucesión de letras negras y redondas escritas en el limbo inferior del paredón, adonde nadie llegaría a depositar un beso.

Milagros me saca de la conciencia de mi propio cuerpo vivo. Al acercarme a ese nombre sin apellidos y sin género, dejo de percibir la sangre que palpita en mis sienes, la saliva seca en mis labios y el olor de mi piel cuando sudo. Frente a la lápida amarilla, donde florece una rosa de plástico, asisto a una historia suspendida en el clímax de la

intriga. Como no se conoce comienzo ni desenlace, el libreto está hecho solo de preguntas: ¿Quién yace en la primera bóveda de este albergue de los olvidados? ¿De cuál linaje se desgranó sin dejar huella? ¿Cómo se llama el que allí se deshace mientras pasa el tiempo? ¿Cuáles palabras susurró o –quizá– gritó mientras le quitaban la vida? ¿Quién lo busca? ¿Por dónde vagan los que lo lloran? ¿Cómo llegó a este puerto de cuerpos sin nombre?

“Es un muerto del agua”, dice alguien al pasar. Levanto la mirada y veo a un hombre alejarse. Con las manos atrás, tendidas sobre la cadera, sostiene un ramo de flores blancas. Lo veo ir hacia el fondo del pabellón expuesto a la luz del mediodía. Con el puño apretado golpea tres veces una lápida de cemento. Lo escucho persignarse y luego hablar en tono confidente. No reza. Cuenta una historia mientras trata de encajar los tallos en los imperfectos del revoque. Acentúa los dramas del relato con gestos de boca y manos. La excitación cede y entra en el silencio. Se sienta en el suelo, desgonzado. La muralla de muertos le sostiene la espalda, cierra los ojos y respira hondo.

El hombre que descansa no me ve. O no le importa que lo contemple tendido ante su obra fúnebre. *Margaritas para un escogido* podría llamarse el cuadro que observo. Las flores bordean los cuatro lados de la lápida pintada de celeste. Dos letras apenas dominan el plano y significan que allí

descansa un desconocido. A los pies del hombre anónimo, mecido en su muerte por aguas del río Magdalena, un sufriente descarga su dolor, su miedo y su esperanza.

“Hay que tenerlo siempre en la mente y traerlo a la boca en todo momento”, instruye una mujer a su hijita dispuesta a entrar en comunicación con los muertos. La niña, sentada con las piernas cruzadas como su madre, trata de ver a través de las rendijas a aquel que deberá invocar en cada acto de su vida. Tomadas de la mano se disponen a orar por las almas benditas después de quitar la suciedad de una lápida abandonada. La madre apoya los codos en las rodillas y con las manos sostiene un folleto deshojado. Lee oraciones viejas y la niña acosa a un sapito que entra y sale de la oscuridad de la bóveda. Hay angustia en el rostro de la madre cuando se dispone a hablar en intimidad. La niña se aleja saltando y trepa a las tumbas engalanadas de los que sí tienen nombre.

Desde los cactus que custodian una suntuosa tumba en tierra sale la niña cuando la madre la apura. Le entrega un delgado tizón negro que sirve de lápiz. La hijita, en cuclillas, ensaya letras. Después de observar lo escrito y repasar los trazos, la madre sube la niña a la canastilla de una bicicleta y la empuja hasta salir a la vía polvorienta por donde llegan todos los cortejos. Sobre el fondo blanco leo una palabra que, revestida ya de oraciones, sella el

vínculo de estas mujeres con el anónimo que ocupa un nicho casi a ras de piso. Han escrito “escogido” para anunciar su decisión de entrar en comunión con el espíritu de ese alguien del que no se ha dado noticia de su muerte.

“Para qué ponerle un nombre si es un ene ene”, dice una dama negra que se desplaza con autoridad por el pabellón. Habla sola, como respondiéndose preguntas del pasado. No hay vacilación en sus actos. Camina con los brazos un tanto separados del cuerpo, como cuidándose. Toma una escalera con una mano mientras que con la otra sostiene flores y follaje. Trepa hasta el último peldaño y allí, arriba, se aplaca su ánimo. Apoya la frente contra el muro y llora sin agitarse. Las lágrimas caen suavemente por los pómulos. No hay angustia ni desesperanza. Parece un llanto sosegado como el que viene cuando los malos tiempos han pasado.

Con el pulgar izquierdo, abrazado por una argolla que semeja una enredadera, la mujer repasa los signos con los que distingue a su amigo sin nombre conocido: *NN 1999*. Descarga el punto final y se dispone a pegar flores sobre la lápida tinturada con el color de la berenjena. Recobra la fortaleza y en un monólogo prolongado rememora los sucesos de la semana porque es lunes de difuntos, día de arrepentimientos y de promesas. Al descender asegura que volverá porque su gratitud no tiene fecha de vencimiento.

Desde el pequeño jardín de los cactus, vecino de la parcela que fue el muladar, el pabellón de caridad del cementerio de Puerto Berrío semeja un caleidoscopio. Cuadrados iridiscentes se reproducen ante mis ojos por el efecto de la luz de las dos de la tarde. Amarillos, ocre, magenta, índigo, púrpura danzan sobre la superficie rústica de la sección destinada hace cuarenta años para los más pobres de una tierra bañada en agua, sembrada de bosques, iluminada por el oro, repleta de petróleo.

Al lado de los desheredados han encontrado lecho los cuerpos inflados, perforados, picoteados que el río deja en playas oscuras desde 1948 más o menos. Los pescadores se cansaron de verlos deshacerse en jirones a la orilla del río. Hoy son colección y propiedad temporal de un pueblo católico que no solo los invoca a cada minuto. Los rescata, les quita el lodo con tapones de esparto,¹ los nombra, los sepulta y adorna sus tumbas como queriendo señalar que la muerte hace vibrar la vida. Se les somete.

No hay lunes sin misa de difuntos, sin oración por los sin nombre. Escucho a la multitud implorar a Dios por todos los que han muerto en su misericordia. Repaso la tumba de Milagros: plana, tersa.

¹ Así bañaron a Esteban en “El ahogado más hermoso del mundo”, cuento de 1969 del escritor colombiano Gabriel García Márquez.

Pienso en escogerla. ¿Será frío el vínculo con los muertos? ¿Con cuál lenguaje se les hablará? ¿Por qué tatuar mi mente con la presencia severa de un ene ene? ¿Podré sobrevivir a la certeza de jamás conocer el origen de ese que no me habla? ¿Seré capaz de conversar con el ánimo de un desconocido? ¿Soportaré la familiaridad con el más allá? ¿Tendrá calma mi ser después de imaginar de mil maneras su minuto final? ¿A quién amaré cuando lo invoque? ¿Podré compartir el espacio con los espíritus? ¿Para qué ingresar en el mundo de los muertos de la guerra arrullados por el agua?

Desisto.

ÍNDICE

PRÓLOGO

El mismo río de los muertos es el que alimenta y da vida	11
---	----

PRIMERA PARTE

Es un muerto del agua

1. Margaritas para un desconocido	19
2. No hay pepes en el río.....	25
3. El Bautista	35
4. Nadie los lloró	41
5. Los niños del balón y del fusil fuimos los muertos	51

SEGUNDA PARTE

Y hallaron dolientes, uno para cada uno

6. Compañeros de viaje	59
7. El vuelo del alma.....	63
8. Darles un hogar.....	73
9. El policía de las ánimas	79
10. Los amores de Carmen	85
11. Vestida de blanco	91

TERCERA PARTE

¿Llamaste a tu mamá en el último minuto?

- 12.** Volver a nombrarte 99
- 13.** El niño está herido 103
- 14.** La mamá volvió a la casa 123

CUARTA PARTE

En la puerta de ese más allá

- 15.** Profesión de fe 141